



CAPITULO III.

JESÚS EN EL DESIERTO—LA TENTACIÓN.

¿Cuál es ese desierto á donde el Espíritu llevó á Jesús? Los documentos evangélicos no le determinan expresamente. Sin embargo, es cierto que la palabra *ἐρημος*: empleada por ellos con el artículo, en singular y sin epíteto, no podría convenir sino al desierto de Judá.¹ La tradición más antigua siempre ha buscado y venerado las huellas de Jesús en la región montañosa y salvaje que se extiende al Oeste sobre Jericó hasta las alturas de Bethania, limitada al Sur por el Ouady el-Kelt, al Norte por el Ouady Neuahimeh.

Jesús, al dejar al Jordán, ha debido atravesar el llano de Jericó, y, dejando la ciudad á la derecha, trepar las pendientes escarpadas de la montaña, llamada hoy la "Cuarentena."

Ese macizo rocalloso es un trozo inmenso de calcáreo rojizo que parece haber sido calcinado por un incendio. De una arquitectura arrogante, se corta en cinco crestas que parecen pi-

¹ Mateo, III, 1; IV, 1; XI, 7; XXIV, 26; Marc., I, 4, 12, 16; Luc., III, 2.—Cf. Luc., V, 76; VIII, 29; Juan, XI, 54.

rámides. Profundas barrancas le separan. Los vientos y las lluvias han carcomido la piedra y cavado, en muchos lugares, en sus flancos, excavaciones que las manos de los solitarios han ensanchado. En medio de la cima más elevada, los creyentes veneran una gruta en la que Jesús se ha de haber abrigado durante su permanencia en el desierto. Un camino tallado en la roca conduce allá. Algunos monjes griegos ahí viven, sobre la tierra, con los pájaros del cielo, las palomas torcaces y las águilas.

La vista se detiene emocionada ante el panorama que se desarrolla en círculo, en el horizonte de lo alto de la montaña. Al Este, más allá del llano del Jordán, el monte Nebo y las lomas de la Perea; al Norte, el Hermon, con la cabeza cubierta de nieves doradas, y perdida en las profundidades luminosas; al Sur, el mar Muerto, brillante como una placa de plata bruñida; al Poniente, la tierra desierta de Judá levantada en conos innumerables, en donde las lluvias de invierno hacen brotar una yerba rara que queman los primeros soles de estío. Jerusalem se oculta detrás del monte de los Olivos que detiene la mirada y á quien una torre blanca domina, actualmente, como una señal elevada sobre los peñascos de este océano de piedra inmovible y penoso.

Esto es al mismo tiempo el desierto y la montaña: dos grandezas reunidas, llenas de grandeza y de majestad.

Tal fué verosímelmente el retiro de Jesús.

La roca le servía de refugio. El vivió entre los animales salvajes. El cielo, sobre su cabeza, estaba lleno de claridades y de flores divinas. En esta naturaleza muerta, los recuerdos hablan solos al viajero que de ahí se separa; ellos todo lo llenan con sus murmullos. La imagen de Cristo vivo parece flotar sobre esas colinas. Se asiste al drama íntimo de sus pensamientos, y se miran con respeto á esos restos de roca en donde quizá él reposó.

Cuando, de lo alto de esas montañas, Jesús miraba el llano del Jordán que acaba de dejar, él podía observar á la multitud

que acudía por todos los senderos hacia aquel que le preparó los caminos; en el punto opuesto del horizonte, él tenía á la vista ese camino de Jericó á Jerusalem que él debia seguir, un día, con sus discípulos, para ir á la muerte.

La permanencia de Jesús en el desierto fué desde luego una oración, una contemplación, una absorción de todas sus facultades humanas en Dios, su Padre. Aquellos que han experimentado los raptos y los éxtasis, bebido á grandes tragos en el torrente de las alegrías divinas, escuchado como San Pablo "las palabras, los arcanos del cielo, que el hombre vuelto á la tierra no sabría decir,"¹—los santos, podrían solos entrever algunos rayos del alma de Jesús orando, adorando, contemplando. El vió, en la voluntad de su Padre, la grandeza y la belleza de su misión futura; él midió las dificultades, presintió los dolores y los sacrificios; en la víspera de obrar, él entró en todos los consejos de la sabiduría, de la justicia y de la misericordia infinitas para salvar al mundo perdido. La agonía, el Calvario y la muerte se descubrieron ante sus ojos abiertos á la eterna luz; él conoció los estremecimientos del alma que se desborda de las alegrías de Dios y las angustias del alma abrumada por la vista de las luchas espantosas que le aguardaban.

El desierto siempre ha tenido para los seres religiosos un atractivo irresistible, todos ahí han parado, él es el umbral de la vida activa.

Jesús aconsejará á menudo la soledad y él mismo la practicará como una condición de la oración, un medio de descansar el espíritu, de escapar á las asechanzas y á la persecución.²

Retirándose ahí actualmente, después de su bautismo, él quiere atravesar á su manera, esta faz de recogimiento total que, en la vida de los hombres de acción, precede á la ejecución de su obra. Aquel que ha tomado conciencia de una gran

¹ II, Cor., XII, 4.

² Marc., I, 35, 45; VI, 37; Luc., VI, 12; Mateo, XIV, 13.

misión, abrumado por el peso de su responsabilidad, espantado de su propia debilidad, le agrada replegarse sobre sí mismo, lejos del ruido. La soledad aproxima á Dios, purifica el corazón y los pensamientos, tiempla las resoluciones viriles, enardece los ánimos y prepara á los fuertes.³

Moisés vino á buscar á Dios sobre la cima solitaria de Horeb;⁴ Elías pidió al desierto un asilo contra los hombres;⁵ Juan Bautista ahí vivió, creciendo y fortificándose al contacto del Espíritu;⁶ Pablo se aisló en los llanos inhabitados de la Arabia para meditar la voz de aquel que le había derribado en el camino de Damasco;⁷ y los discípulos del Crucificado, huyendo la corrupción del mundo, absorbidos en la contemplación, hambrientos de la eterna vida, se sepultaron un día en multitud, en los agujeros de la roca, en el fondo de la Thebaida.

El destino de Jesús no le llamaba á dilatarse mucho tiempo en el desierto, ahí no hizo más que una detención. El no va ahí á buscar á Dios como nosotros, porque él le lleva en él; ni recoge su palabra: él la escucha por doquiera y siempre, en Nazareth como en el Jordán, entre la multitud como en la naturaleza silenciosa; ni á madurar su plan mesiánico: ese plan está todo entero en el Espíritu que es su luz, su consejo, su fuerza de impulsión siempre y plenamente obedecida.

Los más grandes entre los hombres religiosos van al desierto á tomar energía, Jesús ahí se retira para mostrarla; ellos buscan la soledad y la paz, Jesús la lucha; ellos le piden un refugio contra el mal, Jesús va allá á orar, á recibir los ataques de Satanás y á vencerle.

¹ Cakya-Mouni ahí ha hecho frecuentes estancias en los años de su vida penitente y en su viaje á través de Mogadha. (Ryga, 364 ff.—Cf. Rodolfo Seydel, Das Evangel, von Jesu, etc.) Zoroastro ha vivido mucho tiempo retirado sobre una montaña, nutriéndose de lactios, según Plinio, Plutarco y Dion Chrysostomo. Mahoma ha buscado un refugio, en sus luchas interiores, sobre la montaña de Hira, no lejos de la Mecca. (Cf. Spiegel, Über dem Leben Zoroastros, Sprenger, I, 997.)

² Exodo, III, 1.

³ II, Reyes, XIX.

⁴ Mateo, III y paralel.

⁵ Epístola á los Gálatas, I, 17.

Aquel que ha sido proclamado por Dios mismo el Hijo de Dios no se escapará de la condición dolorosa de la humanidad: él ya hizo en el bautismo profesión pública de expiación y de sacrificio, él va á someterse á la ley de la prueba, bajo una forma misteriosa é intrépida que desafía á la razón humana y de la que el historiador debe buscar penetrar el enigma.

Intentar y experimentar son dos términos sinónimos: aplicados á los seres libres, esos actos tienen por efecto mostrar el valor y la virtud.

La prueba ó la tentación es un obstáculo erigido ante ellos entre la voluntad y el deber: la voluntad que debe obrar, el deber que es la regla y el fin de la acción. El obstáculo puede venir todo desde luego de nuestra naturaleza, que repugna instintivamente al esfuerzo, al dolor, al sacrificio y á la muerte. No hay hombre á quien el deber no condene á sufrir y á inmolarse; á un gran número, él impone largos dolores; á algunos,—los mejores y más valientes,—les ordena morir: he aquí la prueba universal de toda criatura libre, ella busca á Dios en el cumplimiento de su destino, y para llegar á Dios, ella deberá sacrificarse.

Cualquiera que haya observado, analizado á su propia naturaleza, discernirá en ella fácilmente, en medio de sus aspiraciones las más nobles, de sus energías las más sanas, fuerzas desordenadas que constituyen, para él y dentro de él, una tentación perpetua á separarse del deber y del destino.

La sensualidad y el orgullo nos apartan de Dios: la una nos arrastra violentamente á gozar sin medida de todo lo que halaga á las pasiones terrestres; el otro nos repliega sobre nosotros mismos para buscar ahí en nuestro espíritu y en nuestra voluntad la regla de nuestros pensamientos y la fuerza de la vida.

Esas son las dos formas del egoísmo que fermenta en lo más íntimo de nuestra doble naturaleza: la una es el egoísmo de la materia, rehusando someterse al espíritu y á Dios; la otra,

la sensualidad del Espíritu, complaciéndose en sí mismo y resistiendo á Dios, principio de la materia y del espíritu.

Todo sér humano á quien esas dos formas enseñorean, se convierte en su medio, en ambicioso y opresor; él quiere ávidamente el poder, es decir, dominar y esclavizar, dominar para esclavizar, y esclavizar para dominar. Violencia y astucia, homicidio y mentira, amenaza y adulación: he aquí su código y su ciencia práctica.

Todos los desórdenes de las pasiones vienen de la sensualidad; todas las aberraciones del espíritu tienen su fuente en el orgullo; y la sensualidad y el orgullo provienen del egoísmo ó del amor desordenado de sí mismo que impulsa al hombre á constituirse el centro de todo: tal es el mal que corre á la humanidad, pone trabas á su desarrollo y no cesa de turbar su paz.

El conjunto de los seres que viven de esta manera, constituye el imperio del mal: lo que Jesús llamaba el mundo, el mundo que no le conoce, ¹ de el que él no era, ² el mundo que le odiaba, á él y á los suyos, ³ el mundo que debía ser para él y para ellos el agente de mil persecuciones, pero de quien decía: "No le temáis, yo le he vencido."⁴

Ese medio de corrupción, en efecto, no soporta al hombre justo y santo de quien sólo su presencia lo condena y le irrita. Cualesquiera que sea enviado por Dios para cumplir ahí su obra, subleva á todas las fuerzas de ese reinado en donde el egoísmo forma ley y de donde se levantan las tentaciones que, reservando sus más formidables asaltos para los perfectos y los fuertes, embarazan á las voluntades más resueltas.

No se comprendería la extensión y la profundidad de la prueba humana de la cual la historia de Jesús entreabre el mis-

1 Juan, I, 10.

2 Juan, XVII, 16.

3 Juan, XV, 18.

4 Juan, XVI, 33.

terio doloroso, si se olvidara al mundo de los espíritus superiores al hombre y sin embargo mezclados á su vida terrestre.

Nada está aislado en el universo. Como el planeta en sus orígenes, sus evoluciones y sus menores transformaciones se liga al cielo que le cubre, el hombre toca por su pensamiento, su libertad, sus pasiones, sus instintos y por todo su sér, á los espíritus cuya jerarquía se eleva entre Dios y él. Mil sugerencias secretas vienen de ellos; la doctrina religiosa del Antiguo Testamento siempre ha buscado el génesis del mal en esas falanges invisibles. El sér espiritual en quien la perversidad ha llegado á su más alta expresión, ha sembrado, en el hombre nacido recto y puro, el orgullo y la sensualidad, el egoísmo y la muerte. Los Evangelios le llaman el diablo; Jesús le llamará el maligno,¹ Satanás,² el enemigo,³ el príncipe de ese mundo⁴ y de los demonios,⁵ el que es homicida desde el principio.⁶ Todo hombre resiente con más ó menos conciencia los ataques fatales; la acción secreta del demonio pone en movimiento nuestros instintos y nuestras inclinaciones desordenadas; él ejerce en el mundo inclinado á todos los vicios, una influencia tanto más temible cuanto más disimulada, y en oposición al Reino de Dios, él trabaja, invisible, en constituir su propio reino.

De todas las pruebas, de todas las tentaciones á las que la humanidad, en su conjunto y en cada uno de sus miembros, está sujeta, hay una, una sola, que Jesús no podía conocer, es la que supone á una naturaleza trastornada por el pecado.

Ningún desorden en él, ninguna sensualidad, ningún orgullo, ningún egoísmo, ninguna falta: el mal no le ha tocado. El

¹ Mateo, XIII, 19.

² Mateo, IV, 10 y paralell.; Luc., X, 18.

³ Mateo, XIII, 39.

⁴ Juan, XII, 31; XIV, 30; XVI, 11.

⁵ Mateo, IX, 34; XII, 24 y paralell.

⁶ Juan, VIII, 44.

escapa á la ley común; él lo ha afirmado en muchas ocasiones, pero sobre todo en sus últimas efusiones con sus discípulos, cuando, con una voz llena de tristeza y de emoción, les dijo: "Por lo demás, yo no os hablaré mucho, porque el príncipe de ese mundo llega . . . ; pero él no tiene en mí nada."¹ Es como si hubiera dicho: él anima á los Judíos, yo les veo avanzar por su instinto: él no tiene ningún derecho sobre mí por que yo estoy sin pecado.²

Sin embargo, si Jesús no ha podido sufrir la tentación que implica el mal en el sér probado; si, por la misma causa de su santidad absoluta, él no ha experimentado las luchas interiores de la carne y del espíritu, las ilusiones, las incertidumbres, los errores de la razón, el impulso de las pasiones, las impotencias, las vacilaciones, los desfallecimientos, las faltas de la voluntad, él no es menos un hombre real, vivo y probado. La tentación no ha podido ser para él un atractivo malo; ella no ha sido más que un sufrimiento y una lucha, porque él escapa al mal que, lejos de sostener á nuestra naturaleza, la disminuye más bien y la mutila, la turba y la enferma. En revanche, él contrae con ella afinidades más profundas, doblegándose más que todo sér humano bajo las pruebas y las tentaciones que asaltan al hombre exteriormente.

A medida que el alma se eleva, se liberta del mal interior, refrena mejor sus pasiones y rechaza el egoísmo original por el amor de Dios, el orgullo por la humildad, la ambición por el desinterés, ella ve apaciguarse poco á poco á las luchas interiores. Pero, por haber crecido á imagen de Cristo, ella como él no ha llegado al reposo. Esta es la hora de los combates violentos del exterior; y para Jesús, como para nosotros, "la lucha no es con la carne y la sangre, sino con los príncipes y los poderes y los gobernadores de este mundo tenebroso, con

¹ Juan, XIV, 30.

² Bossuet, Méditations sobre el Evangelio, ad. h. 1.

los espíritus malos,"¹ que se van, inspiran soplando, desencadenando las grandes tormentas. Todos los ataques descargan sobre él con una vehemencia que le coloca sin par en la raza heroica de los que han combatido, sufrido, agonizado por Dios, resistido al mundo, dominado su corrupción, rechazado al Maligno, roto en ellos y en torno de ellos su imperio.

Uno de los más grandes dolores para el hombre recto y bueno, justo y santo, es la vista del mal, el contacto con el espíritu malo;—cualquiera que sea la forma que él revista, aun cuando nuestra voluntad le quede cerrada, su sola presencia es un suplicio. Jesús ha querido conocerla, y en espera de obedecer á su Padre, él bebe del torrente de todos los dolores y sufre de parte de los hombres la persecución hasta la muerte, héle aquí que entrega su cuerpo á la potestad de Satanás y consiente en ser el objeto de sus sugerencias.

Desde el principio de su carrera, él se encuentra cara á cara con el príncipe del mal; esta lucha exterior abre su vida. La tradición universal de los cristianos la llama "la Tentación," por excelencia; tres Evangelistas nos han conservado, el uno la narración sumaria, los otros dos la narración detallada.²

Jesús en el desierto, vivió en el ayuno. Durante cuarenta días y cuarenta noches, á ejemplo de Moisés y de Elías, no bebió ni comió; éi no sintió el aguijón del hambre. Los cuidados, las necesidades de la vida se callaban. Libertado momentáneamente de esta esclavitud, él no estaba sujeto á la tierra.

¹ Efes., VI, 12.

² Mateo., IV, 1-11; Marc., I, 12-13; Luc., IV, 1-13. El silencio del cuarto Evangelio no podría debilitar la autoridad del testimonio de los sinópticos, ni hacer vacilar el valor histórico de su narración; ese silencio se explica suficientemente por el carácter del hecho. La naturaleza humana de Jesús sí ahí deja ver en su dolor y su humillación, y, á este título, la tentación no podía convenir al retrato de Jesús tal como los Evangelistas han querido pintarle. Debe notarse todavía que San Juan omite todo lo que ha sido referido por sus antecesores, cuando él no tiene que añadir nada de complementario á su narración.

¿Quién puede decir á qué grado de libertad, de independencia y de espiritualidad, una alma absorbida en Dios arrebatada á su propio cuerpo? El tiempo ya no existe para el espíritu á quien Dios arranca de todo lo terrestre, lo mñdable, lo perecedero, y recoge en su inmutable luz.

Sin embargo, después de los cuarenta días y las cuarenta noches, Jesús cayó bajo la ley normal de toda la humanidad: el Hijo de Dios dejó reaparecer al Hijo del hombre; él sintió la necesidad de reparar sus fuerzas, él tuvo hambre.

El Tentador se aproximó.

¿Cuál era el nuevo profeta sobre cuya cabeza el Espíritu había descendido y á quien la voz del cielo había llamado el Hijo bien amado del Padre? El lo ignora; él sospecha quizás al Mesías en ese desconocido cuya apariencia no revela y más bien cubre á la grandeza.

Ninguna criatura conoce, sin la fe ó una revelación directa, la relación inefable que une en Jesús á la naturaleza humana y á la naturaleza divina. El espíritu del mal, de negación y de calumnia, de violencia y de astucia, de corrupción y de error, es refractaria á toda fe, cercado á toda revelación; los signos despiertan sus sospechas, ellos no le iluminan; pero él permanece, el antagonista radical de cualquiera que ve la verdad y el bien, la salvación y la regeneración del hombre, y por consiguiente el enemigo-nato de aquel á quien sospecha destinado á traer á la humanidad la fuerza, la luz y la paz de Dios; su verdadero nombre es el Antecristo.

El escogió insidiosamente la hora en la que Jesús experimenta la debilidad humana, y, como para forzarle á rebelarse:—Si tú eres el Hijo de Dios, le dijo mostrándole las piedras de que estaba lleno el desierto, ordénale que se conviertan en pan.

La sugestión era pérñda. ¿Qué más legítimo que satisfacer esa primera necesidad del sér viviente? Mas el desierto es inculto.—¿Qué importa! Si Jesús es el Hijo de Dios, Dios no tiene más que ordenar, los guijjaros se transformarán á su voz;

Dios escuchará el deseo de su profeta, y la roca metamorfoseada se convertirá en pan.

El Tentador, presintiendo al Mesías en Jesús, le sugiere usar de toda su potestad para suspender en su provecho y para su satisfacción personal, las leyes sabias de la creación; él le empuja en la vía de lo maravilloso y fantástico. Sus palabras, de un candor perfecto en apariencia, revelan todo el genio del mal: el egoísmo, la sensualidad, el deseo de poner á Dios á su servicio, en vez de ponerse al servicio de Dios.

Los falsos profetas siguen el consejo satánico, ellos subordinan á su propio interés la potestad divina de la que se prevalecen; en vez de ser los servidores fieles, ellos aspiran, en secreto, á mandar á Dios; y los milagros que sus historiadores les atribuyen tienen todos el carácter mágico.

Jesús, con una palabra soberana, rechaza al Tentador:

—“El hombre, exclamó, no vive solamente de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.”

El se nutrirá como plazca á su Padre; si su voluntad es que sufra el hambre, él dominará las necesidades de la vida inferior; “la palabra vivificante, creadora de Dios, no puede reemplazar al pan y al alimento creado para sostener la vida? Si place á Dios nutrirle de su palabra, ¿de qué sirve el pan y el alimento creado? En verdad, Hijo de Dios, Jesús no se anticipa á la voluntad del Padre; á pesar de la necesidad que le oprime, él permanece sometido á la orden, á la sabiduría, y él se abandona á Dios, que basta á todo.

Parece que, reprimiendo sus apetitos, no tomando ningún apoyo de la materia frágil, fortalecido con la invencible voluntad que arregla y lleva todas las cosas, el hombre esté al abrigo de la sugestión satánica.

No basta. El mal puede deslizarse ahí todavía. El alma la más sometida á Dios cae sobre sí misma; y, en su egoísmo, ella es susceptible de duda y de temeridad, de desfallecimiento ó de confianza excesiva; este es el escollo ordinario de los

falsos profetas: ellos aman la ostentación, buscan las obras brillantes; ellos tientan á Dios, intimándole de algún modo para que intervenga por ellos, á fin de que esta intervención les pruebe á ellos mismos que Dios les sostiene. Todavía se halla esta pretensión soberbia de poner á Dios al servicio de sus vanos pensamientos y de sus débiles voluntades. Este egoísmo puesto en descubierto parece grosero; disimulado con el sentimiento de una confianza mal arreglada, él parece una virtud, y afecta los caracteres de una intimidad, de una familiaridad más grande con Dios: este es un lazo del cual no escapan siempre las almas más santas.

Tal es la nueva agresión de Satanás contra Jesús.

El va á servirse contra él de la potestad sobrehumana de los espíritus. Desprendido de los lazos de la materialidad, señor de la gravedad y del espacio, él transporta á Jesús al pinnáculo del Templo, sobre la techumbre de algún pórtico, tal vez sobre el atrio, de donde la mirada se extiende sobre el valle del Cedrón, ó sobre el Hieron, de donde los sacerdotes anuncian, todas las mañanas, la salida del sol, desde que el cielo blanquea detrás de las montañas de Hebron.

—Si tú eres el Hijo de Dios, le dijo, arrójate de arriba abajo. Está escrito: Dios ha ordenado á sus ángeles tomarte en sus manos, á fin de que tu pie no choque contra la piedra.

Esta solicitud extraña pudo haber topado sobre una voluntad desconfiada ó temeraria, porque siempre se oculta en los pliegues más recónditos del alma un secreto egoísmo que, engañándola respecto á sus propias fuerzas, la impela á pasos inconsiderados; mas la confianza de Jesús en su Padre es absoluta; él no obra sino bajo su impulso y él no podría establecer un acto que implicara una duda respecto de Dios ó una confianza desarreglada en sus energías humanas.

A la invitación perversa de Satanás, él respondió con una palabra:

—“No tentarás al Señor, tu Dios.”

Tal vez, quizá la sugestión de Satanás se conformaba con

los pensamientos de Jesús, relativos á la obra mesiánica y con las dificultades de su ejecución. Toda naturaleza, aun ordenada, repugna por instinto el obstáculo, el dolor, el sacrificio. A menudo, en su vida, Jesús ha dejado ver el abatimiento al que le arrojaba la vista sola del cáliz que debía beber. Cuán aliviada sería su misión si, usando de su potestad, él se revelaba por un signo extraordinario! Con qué alegría el pueblo no saludaría al Mesías, viéndole caer de lo alto del Templo, en medio de la multitud admirada, de repente, como si descendiera del cielo, lleno de fuerza y de majestad! Satanás le insinuó. —La cosa era fácil, añadió: ¿Dios no ha ordenado á sus ángeles llevarte entre sus manos? Si tú eres el Mesías, no vaciles, facilita tu obra, deslumra al pueblo con una señal esplendente.

La respuesta de Jesús corta al mal en su raíz y desenmascara la interpretación pérfida de esa gran palabra de la Escritura que traduce también la confianza absoluta en Dios.

Por rudo que sea, en efecto, el camino por el que ordena caminar, estamos seguros de encontrar en él á sus ángeles para sostenernos y separar los obstáculos; pero contar con su intervención para salvarnos, en las ocasiones en las que nuestra temeridad nos empeña, es tentar su providencia. Semejante acto es malo, porque siempre él es inspirado por un sentimiento de desconfianza respecto de Dios ó de confianza temeraria en sí.

La tentación de Cristo se desarrolla como un drama. Después de la escena del desierto y del Templo, es la montaña. Jesús se entrega aún á merced de la fuerza espiritual del Tentador, y es transportado á una elevada cima desde donde el diablo le muestra por los cuatro extremos del horizonte los reinos, los imperios de este mundo, desarrollando á su vista su gloria terrestre.

Todo hombre dotado de alguna actividad mira el medio humano en donde debe obrar, con la ambición de establecer en él su reino. El deseo de la potestad es innato. Él se infla y se

extiende con el talento; á medida que el sér es más fuerte, más es conducido por esta tendencia imperiosa. Continuada y ordenada, semejante aspiración es legítima; excesiva y tiránica, ella es un vicio.

Se desconocería la vocación del Mesías rehusándole la voluntad firme y sabia de conquistar al mundo entero á su fe, y de conducir á la humanidad bajo el yugo de Dios; mas no es una espada material la que tiene en la mano, es la espada del Espíritu; no es un imperio como los de la tierra,—obra de esclavitud, de violencia y de astucia,—que él debe fundar, es un reino celestial,—obra de libertad, de dulzura y de rectitud.

Cuando Satanás desplegó ante Jesús lo que él llamaba su imperio, trató de halagarle y de aterrorizarle; le halagó por la ambición mal sana, le aterrorizó, descubriéndole el conjunto de las fuerzas que el Cristo tendría contra él, si él no las tenía para él. El agitaba á sus ojos el sueño del falso mesianismo que atormentaba á la imaginación judía, y á cuyas seducciones, entonces, muy pocos espíritus, aun entre los más elevados, los más cultivados, los más activos y los más religiosos, sabían escapar. Satanás reinaba en ellos por ese sueño, y él intentaba abrirse acceso por él en el alma de Jesús.

—Mira, le dijo, yo soy el señor, “yo doy todo esto á quien quiero.” Mas para poseer semejante poder, es preciso tener el espíritu del mal, de astucia, de violencia, de egoísmo. Hagamos alianza, adora á este espíritu, y “todo será tuyo.”

Jesús no sufrió ni el atractivo de la ambición ni el temor del adversario, él rechazó con una palabra vehemente el consejo sacrilego:—“Lejos de mí, Satanás! Está escrito: Tú no adorarás sino sólo á Dios.”

No hay más que un señor, él no se arrodilla sino ante un solo Señor, él no conoce otra alianza más que la unión con su Padre. El menor compromiso con el espíritu malo es la negación misma de la obra mesiánica, cuyo fin supremo es arrancar á toda criatura libre de la esclavitud del mal, para someterla, con la santidad, á la voluntad de Dios.

Con excepción de Jesús y de aquellos que su Espíritu conduce y guarda, no existe un hombre que no haya sacrificado al falso dios de ese mundo, al espíritu de mentira y de crueldad, de egoísmo y de astucia. La conquista material de esta tierra es casi por todas partes una obra homicida, marcada con el signo de la Carne, de ese poder tenebroso que la lleva y la tiraniza. Satanás se da aquí como Dios, y hace creer á los que le adoran que, como él, ellos serán Dioses.

Llegar á ser Dios es el gran ideal que frecuenta, y el espejismo que fascina á la humanidad, desde el primer hombre. Extraña y miserable divinidad somos, cuando obedecemos al espíritu del mal, en vez de responderle como Jesús: "Tú no adorarás más que á Dios solo." Nuestro "Yo" soberbio se desvanece; nuestra sabiduría no es sino demencia; nuestra potencia, astucia y tiranía; nuestra gloria, vanidad; y nuestro reino es efímero y falaz, porque bien pronto sucumbimos bajo la reivindicación terrible de todo lo que habíamos en un momento, en nuestro egoísmo y nuestra violencia, subyugado y esclavizado.

Tal es la historia de la humanidad á las órdenes de Satanás, ella continúa desarrollándose hace siglos, impotente para comover la obra de Jesús quien, sólo da la divinidad á sus fieles, si ellos sacrifican el mal y no adoran más que á Dios.

Victorioso de las tres tentaciones, Jesús apareció con la bella moral que envolverá con una aureola su vida rápida y su misión. Las resoluciones que él opuso al espíritu del mal son inmutables; lo que él ha separado con una voluntad absoluta será para siempre separado; los tres focos de concupiscencia que nunca están extinguidos en las mejores naturalezas, no arrojarán en él la menor chispa. Hijo de Dios, jamás sufrirá en su humanidad los deseos de la materia, y nunca empleará su virtud divina para satisfacerlos; él sabrá sufrir el hambre, la fatiga, el dolor y la muerte; él no suplicará jamás á su Padre el aligerar el peso de su destino; él jamás lo intentará; nunca

se notará en él ningún acto cuyo fin único fuese el ostentar á los ojos del pueblo su filiación divina. El pueblo pedirá ese signo del cielo, y él le rehusará como una inspiración de Satanás, despidiéndole con una palabra llena de firmeza y de misterio con el signo de su muerte y de su resurrección futura. Hasta ese extremo, él aceptará más bien la condición común, y, si él se liberta, no será nunca para darse á sí mismo la satisfacción de sentir sobre él la protección de su Padre, sino para llevar á los hombres á la fe, para instruirles, curarles y salvarles. El no arriesgará su vida en la temeridad, él la conducirá conforme á las leyes de una irreprochable sabiduría; humilde y dulce, él no se exaltará con la confianza, huirá el peligro y escapará por la fuga de sus enemigos, no entregándose á ellos sino en el día que la voluntad de su Padre le imponga el deber; él pisoteará sin piedad toda ambición terrestre, no escuchando ni las preocupaciones de su pueblo, ni las timideces de sus discípulos, ni los consejos de la sabiduría humana, para fundar su Reino y cumplir su obra, y, puesto que él trabaja para establecer el Reino de Dios, él no adorará sino á Dios.

Toda la naturaleza, todo el genio del mal, resplandece en esta página dolorosa de la vida de Jesús. El hombre puede allí aprender con qué fuerza temible debe medirse para llenar en la tierra su deber y su destino.

El mal está en él, inherente á su propio sér, á sus facultades, á sus instintos, á la materia de que está formado, á esta hambre que le devora desde el primer hálito de su vida, y de quien las pasiones revelan las llamadas tiránicas; él está con ese orgullo inarrraigable que le separa de Dios, le invita á la vanidad, á la ostentación, á todo lo que pueda nutrir su amor propio; él está con esa ambición de dominar y de esclavizar, de constituirse el centro de un reinado en el que él será omnipotente, con esa negación práctica de Dios de quien quiere usurpar el puesto, con esa idolatría que tiene por objeto la

deificación de sí mismo, de sus errores, de sus pasiones y de sus vicios.

Todos los procedimientos del espíritu del mal se descubren. Los asaltos que Jesús ha querido sostener se renuevan en la vida de cada hombre, y en la humanidad entera. El hombre está en disputa con Satanás cuyas sugerencias envuelven la tierra,—ese desierto en el que hemos sido librados á la prueba. La misma astucia, la misma falsa sabiduría nos desvanece por esos sortilegios, acaricia á nuestra naturaleza inferior y trata de esclavizarla. El Maligno se insinúa hasta entre los más perfectos, aquellos que viven confiados en la Providencia del Padre; él usurpa para seducirlos las palabras de Dios cuya verdad altera; él trata de adormecer su valor, persuadiéndole que Dios hará todo, y que ellos pueden afrontar todo peligro; él nos fascina con los sueños de la ambición, nos exalta en nosotros mismos, como él arrebató á Cristo sobre la cima de la montaña, y nos promete gloria y poder, siempre con la misma condición: obedecerle y adorarle.

Esas tres tentaciones abrazan el círculo total de nuestra actividad en sus relaciones con la materia, con Dios, con el medio humano; Jesús quiso conocerlas todas y vencerlas. En esto sobre todo es en lo que él se nos asemeja, que él realiza en su plenitud, nuestra verdadera naturaleza de hombre, y permanece el tipo eterno de los probados. "Tenemos por lo demás," dirá, hablando de él, uno de los Apóstoles que mejor han penetrado su papel mesiánico, "tenemos un Pontífice supremo quien, por ser nuestro modelo, ha conocido, sin el pecado, la universal tentación."¹

El espíritu del mal no ha penetrado en él, él se retira para siempre. La lucha personal no se renovará más.² Ninguna potestad directa ya no será dada al diablo sobre Jesús.³ El temblará ante él, y exclamará á su aproximación:—Hijo de

¹ Hebreos, IV, 15.

² Matco, IV, 11.

³ Luc., IV, 13.

David, ¿por qué has venido antes de tiempo, á atormentarnos,⁴ arrancándonos el cuerpo y el alma de los hombres?

Jesús, después de esas horas dolorosas, gustó sensiblemente todas las alegrías divinas. Los ángeles vinieron cerca de él, dicen los Evangelios, y le servían. Los espíritus de Dios estaban siempre á sus órdenes. En el momento de la tentación, y con la voluntad de su Señor, ellos velan su presencia; rechazado Satanás, ellos aparecen. Intermediarios entre el hombre y Dios, esos mensajeros celestiales nos traen la fuerza y la alegría de Dios, como el éter transmite en el espacio la luz y el fuego de los soles.

Jesús vivía escoltado de su falange invisible, él les veía velando desde lo alto sobre los niños, sobre los pequeños,¹ les sentía prestos á servirle,² ejercía por ellos las obras de su bondad y de su potestad, curando á los enfermos, arrojando á los demonios, convirtiendo á los pecadores, saciando á la multitud; y sin embargo, aun cuando él lo podía, no pidió á su Padre enviarle en su socorro sus legiones fieles;³ él vivió olvidándose de sí mismo, sin jamás aligerar la carga de esta naturaleza humana de la que había sacado las miserias. Para él, como para nosotros, la vida está formada de aflicciones y de goces, de pruebas abrumadoras y de triunfos embriagadores. La alegría es corta,—tregua rápida entre dos guerras sin cesar renovadas,—pero ella basta para mantener la voluntad con aliento. Nacida de la prueba, ella crece con la prueba; ella es el bálsamo y el aceite; ella cicatriza las llagas del alma herida y sirve de unción al atleta, para preparar sus miembros para mejores combates. Los que han experimentado lo que Dios ha puesto de consuelo, de serenidad y de santos estremecimientos en el alma de sus servidores martirizados, comprenderán el sentido profundo del desenlace de la tentación de Jesús.

¹ Mateo, VIII, 29.

² Mateo, VIII, 29.

³ Mateo, XVIII, 10.

⁴ Cf. Crisost. Homil. in opere imp. super, Matth.

Ese hecho, de un carácter tan misterioso en su conjunto y en sus detalles, ha sido profundamente desconocido por todos los historiadores modernos que han considerado la negación de lo sobrenatural como el principio fundamental de su crítica.

La aparición del mal como sér personal, la potestad mágica de la que él se sirve, el carácter prodigioso de los arrobamientos de Jesús por el Tentador en el pináculo del Templo y sobre la cima de una montaña, los ángeles acudiendo para rodearle y servirle, después que el diablo hubo sido vencido: era mucho para una filosofía sin Dios y una ciencia materializada.

Y sin embargo, la exégesis no permite dar á la narración de la Tentación otra explicación que aquella cuya fiel exposición se acaba de leer. Es falsearla á satisfacción el negar la realidad objetiva de las escenas que la componen, y el no ver en ellas sino una visión interior de la que la imaginación de Jesús hubiera sido el teatro.¹ Había una inverosimilitud pueril en suponer, como lo ha intentado el viejo racionalismo alemán, que el diablo no fuera más que un enviado pérfido del Sanhedrín, algún fariseo astuto y poderoso, encargado de desviar á Jesús de su misión, y desempeñando con él el papel de Satanás.²

Otros no han visto en ello más que una parábola destinada á enseñar al hombre el arte de vencer la tentación; Jesús la habría referido á los discípulos, quienes, por desprecio, la han transformado en historia. Pero Jesús en ningún caso se ha dado á sí mismo como sugeto de la parábola, y, si él no se ha puesto en escena, cuando hizo la narración, no se explica cómo ellos han sustituido á su Maestro con el personaje ficticio de la narración original.³

La escuela mítica⁴ no ha querido reconocer ahí más que á

¹ San Cipriano y Teod. de Mopsueste.

² Paulus, ad. h. 1; Herder, *Christ. Schrift. B. 2.*

³ Baumgarten-Carcius, *Bibl. theol.*, § 40. Scheleiermacher, *Schrift. des Luk.*, p. 54.

⁴ Strauss, *Das Leben Jesu*, t. I.

una leyenda; ella ha multiplicado vanamente sus esfuerzos y hojeado el Antiguo Testamento para mostrar de qué manera los primeros cristianos habían concebido y formado esta historia. Ella ha evocado la primera tentación del primer par humano en el Eden, la de Abraham, la del pueblo de Israel en el desierto, á fin de hallar ahí el modelo de la de Jesús. Ella ha hecho llamada á las ideas abstractas de la oposición entre el Mesías y su adversario, oposición que debía engendrar la imagen de una lucha entre los dos y de una derrota del último. Ella no ha dejado de recordar, á fin de explicar el teatro de la lucha, que el desierto pasaba por la habitación de los demonios. Pero hay una imposibilidad manifiesta en construir, por medio del procedimiento mítico, el drama de las tres tentaciones, con sus elevadas ideas morales.

La escuela crítica francesa se ha impuesto menos trabajo: ella bien ha querido reconocer lo histórico de la residencia de Jesús en el desierto y su ayuno riguroso; pero la imaginación de los discípulos sólo ha inventado las pruebas que él sufrirá en ese horroroso país: ella es la que crió la leyenda.¹

Hipótesis arbitraria que ningún documento apoya y que no tiene, por lo mismo, otro valor que el de un expediente para descartar los hechos en oposición con la filosofía del escritor. La historia así tratada no es sino un terreno movedizo que vacila; no quedará de los acontecimientos de que ella se compone, más que aquellos que hayan encontrado favor ante el capricho de los juicios y de los sistemas personales.

¿Por qué extraña aberración los Apóstoles se hubieran permitido desvariar de esta manera de su maestro? ¿No era repugnante para ellos, y casi sacrilego, admitir que el Hijo de Dios hubiera estado sugeto á la potestad del Tentador? La realidad sola ha podido imponerse á ellos; y si tales escenas han sido creídas, referidas y escritas, jamás se explicará, si semejantes escenas no han pasado verdaderamente. Todo lo que

¹ Renan, *Vie. de Jesús.*

forma en la vida de Jesús el lado sombrío y doloroso, no ha sido más que difícil y lentamente comprendido por sus discípulos; ha sido menester la educación misma del Espíritu de Dios para darles la inteligencia del Mesías sufriendo; ahora, el Mesías tentado es una de las primeras, una de las más profundas manifestaciones del misterio de sus dolores.

Los últimos representantes de la escuela crítica alemana¹ han rechazado, ellos también, la letra de esta historia, juzgándola indigna de Cristo é inaceptable en sus detalles para una razón ilustrada, libre de la superstición. Ellos la han tratado de ficción popular, ensayando torcidamente y bajo una forma grosera la pintura de las luchas que Jesús ha sufrido ya al principio, ya en el curso de su carrera. Dos cuestiones, según ellos, debieron conmover al alma de Jesús: el deber de desempeñar el papel de Mesías, la elección de los medios necesarios á ese papel. Ellos han querido ver en esas dos cuestiones el objeto de los combates interiores por los que Jesús había llegado laboriosamente al conocimiento total y al cumplimiento de su destino. Pero los documentos evangélicos no presentan la menor huella de esas debilidades humanas. El Cristo que ellos pintan de esta manera, no es el de la historia, él pertenece á las fantasías de la crítica; él puede parecerse al hombre tal como le conocemos en nosotros mismos, frágil de espíritu y más aún frágil de voluntad, él no es el hombre-tipo que el Evangelio ha revelado y que Jesús ha realizado.

El testimonio formal, pormenorizado, y en el fondo tan concordante, de San Mateo y de San Lucas, no permite recusar la realidad de una narración cuyo origen no puede ser traído sino por Jesús mismo. ¿En qué momento de su vida ha sido confiado á sus discípulos lo que él sufrió en el desierto, al principio de su carrera, en la soledad que fué para él su primera tentación? Es difícil decirlo, á falta de indicaciones precisas; tal vez en esa Pascua de despedida en la que tanta tristeza y

¹ Keim, Geschichte Jesus von Nazara. B, I, ad. h. I.—Schenkel, Das Charakterbild, p. 50.

amor invadieron á su alma y la abrió á sus discípulos con supremas confidencias—"Vosotros me llamáis Maestro y Señor," les dijo entre otras cosas conmovedoras; "yo lo soy en efecto." Y ahora, si nunca me he desviado del camino que me estaba marcado, á pesar de la tentación y las pruebas, tampoco vosotros debéis apartaros. "Yo os he dado el ejemplo."² Y, en esta misma hora, cuando pensando en las pruebas terribles que iban á estallar sobre sus discípulos, él les aseguraba y les decía: "Tened fe, yo he vencido al mundo,"³ ¿no era esta una alusión á su permanencia en el desierto, en donde, en efecto, él había vencido al príncipe de este mundo,—aquel que pone en conmoción todos los odios con los que el hombre malo perseguirá sin tregua á la obra y á los discípulos de Jesús?

El bautismo y la tentación se suceden el uno al otro en la realidad de la historia, como en la narración de los Evangelistas. Esos dos hechos inseparables, que se aclaran oponiéndose en un riguroso contraste, son el verdadero preludio de la vida de Cristo.

El uno es la manifestación del Espíritu de Dios; el otro, la del espíritu del mal; el uno nos muestra la filiación divina de Jesús; el otro, su naturaleza humana consagrada á la lucha y á la prueba; el uno nos revela la fuerza infinita con la que él obrará; el otro, el obstáculo que él sabrá derribar; el uno nos enseña su vida íntima; el otro la ley de su acción.

Esos dos espíritus que se agitan en cada hombre y en la humanidad entera forman, por sus luchas incesantes, el gran tumulto de la historia. Jesús posee al uno en su plenitud, él es el enemigo absoluto del otro. Todo su fin es asegurar en el hombre el triunfo del uno y la derrota del otro. El que quiera obedecer al primero deberá recibirle de Cristo, y el que quiera vencer al segundo deberá pedirle fuerza.

¹ Juan, XIII, 13.

² Juan, XIV, 33.

Tal es la grandeza de Jesús, según los testigos de su vida, conforme á los que le han dibujado en el umbral de su carrera en esos dos cuadros de un estilo hierático.

Jesús no tiene igual entre los seres humanos, porque ninguno es el "Hijo de Dios" y nadie escapa sin él de los ataques del mal. El es el tipo y es la fuerza; es preciso luchar como él, y no se puede vencer sino por él.

Su filiación divina y su santidad absoluta resplandeciendo así en la entrada de su carrera, alumbrando hasta el fondo el misterio de su obra, profunda como los designios de Dios, vasta como la humanidad, austera, heroica como el sacrificio que ella exige de su autor.



CAPITULO IV.

LOS PRINCIPIOS DE LA VIDA PÚBLICA.

Los principios de la vida pública de Jesús abrazan un período de catorce á quince años, desde el día que él abandonó el desierto, un poco antes de la Pascua del año 28, hasta la prisión de Juan Bautista,¹ hacia la fiesta de los Purim del año 29. Los tres primeros Evangelios han hecho de este último acontecimiento, que acaba la misión del precursor, el punto de partida del apostolado de Jesús y de su narración.² Ellos son mudos respecto á la faz inicial que su narración supone; ella nos sería totalmente desconocida, si, completando á sus antecesores, el autor del cuarto Evangelio no nos hubiera referido algunos hechos culminantes que marcan el carácter. Fiel á su método, él indica netamente los diversos viajes de Jesús, precisa la hora y los días, recuerda extensamente conversaciones íntimas de las que parece haber recibido sólo él la confidencia, puesto que sólo él las ha referido. Todo, en esas páginas, ha-

¹ Véase el Apéndice A. Cronología general de la vida de Jesús.—II La inauguración del ministerio público en Galilea.

² Mateo, IV, 12; Marc., I, 14; Luc., IV, 14.